



Makeмба

por JÓ Rivadulla





¡Hola!

Mi nombre es Makemba, tengo 36 páginas y fui escrito e ilustrado por Jò Rivadulla.

Jò se crió en Cinco Saltos (Río Negro) y se mudó a Córdoba para estudiar Publicidad porque le atraían mucho la creatividad y la posibilidad de contar historias. Pero se alejó de la profesión cuando se dio cuenta de que las buenas historias no se cuentan para vender productos sino porque alguien quiere contarlas.

Ahora se dedica de forma independiente a la ilustración, el diseño gráfico y a perseguir todo tipo de ideas extrañas que se escondan entre una y otro. Tiene 30 años y todavía no sabe qué quiere ser cuando sea grande.



Edición digital de "Makemba" de JÓ Rivadulla,
Ediciones de la Terraza, 2014.

Se invita a copiar, compartir y distribuir con
libertad, citando siempre la fuente y al autor y
prestando atención a la licencia CC con la que
la obra está publicada.

Los otros libros de Ediciones de la Terraza
pueden leerse gratuitamente en la web:
edicioneslaterraza.com.ar/portfolio



Ediciones de la Terraza



Textos e ilustraciones
JÓ Rivadulla



Gracias a mis viejos,
que siempre apoyan lo que hago,
por más insensato que sea.

Y a Nathalie Jarast,
por sus aportes cuando este cuento estaba naciendo.





había 87 tonos de verde en la selva esa tarde. Makemba lo sabía porque los había contado varias veces. No siempre era así. En ocasiones, las plantas eran doradas cuando estaba amaneciendo. O azules, cuando había luna llena. Podían ser plateadas en las lluvias de otoño o del negro más profundo en una noche cerrada.

¡Colores! No había en el mundo algo más fascinante que eso. Todo tenía colores, todo era colores. Todo, excepto la vida de Makemba.

Como buen joven camaleón, era entrenado a diario en el arte del camuflaje. Los adultos le enseñaban cómo debía cambiar de color su piel para confundirse con lo que lo rodeaba y cómo debía mantenerse inmóvil durante largas horas, a la espera de un insecto desprevenido.



Las lecciones no le resultaban difíciles. De hecho, Makemba tenía una habilidad extraordinaria: cuando en la primera clase sus pequeños compañeros se afanaban por imitar el color de una piedra, él ya había plasmado sobre su lomo los 32 colores de las rocas del arroyo en un intrincado diseño de puntos y rayas.

Ese día lo habían castigado quitándole la cena. Dijeron que de esa manera iba a aprender que un camaleón que no pasa desapercibido es un camaleón que no come. A Makemba no le importó, era lo más divertido que había hecho en mucho tiempo.

No tenía intención de desobedecer ni de hacer enojar a los mayores, pero frecuentemente se metía en problemas sin proponérselo, no podía evitarlo. Como el día en que descubrió que era capaz de reproducir en su piel colores que nunca había visto. Colores que ningún camaleón había visto jamás. Eran colores intensos, vívidos, únicos. Makemba se sentía tan feliz que corrió a mostrárselos a su padre.







Este lo miró largamente, y con expresión grave le dijo:

–Hijo, ¿te parece que eso te va a ayudar a camuflarte en la selva? ¿Acaso ves esos colores a nuestro alrededor? ¡No! Deberías concentrarte en perfeccionar tus verdes y marrones, ¡esos son colores importantes para un camaleón! No entiendo por qué buscás rebelarte todo el tiempo...

Esa no era, en absoluto, la intención de Makemba. Durante mucho tiempo se sintió muy culpable y se esforzó al máximo por cumplir con las clases.

Largas horas pasó inmóvil, teñido exactamente del mismo tono de verde que tenía alrededor, con los ojos atentos a todo lo que se moviera. Si tenía que caminar lo hacía tal y como le habían enseñado: de forma lenta y sinuosa, imitando a la perfección la ondulación de una hoja mecida por la brisa.

Los días pasaban mecánicamente, sin que Makemba pudiera diferenciar uno del otro. Acechaba, cazaba, dormía. Al día siguiente se despertaba para acechar, cazar y dormir de nuevo. Sus profesores parecían muy satisfechos, y su padre se veía feliz. Makemba se alegraba por él.

Vivía tranquilo, pero algo le ardía adentro. A veces, por las noches, cuando los demás camaleones dormían, Makemba trepaba hacia las ramas más altas. No caminaba de forma lenta y ondulante, sino que corría tan ruidosamente como podía, sintiendo las estrellas en la cara, bañándose de azul y respirando, como si fuera por primera vez, el aire virgen de la selva.



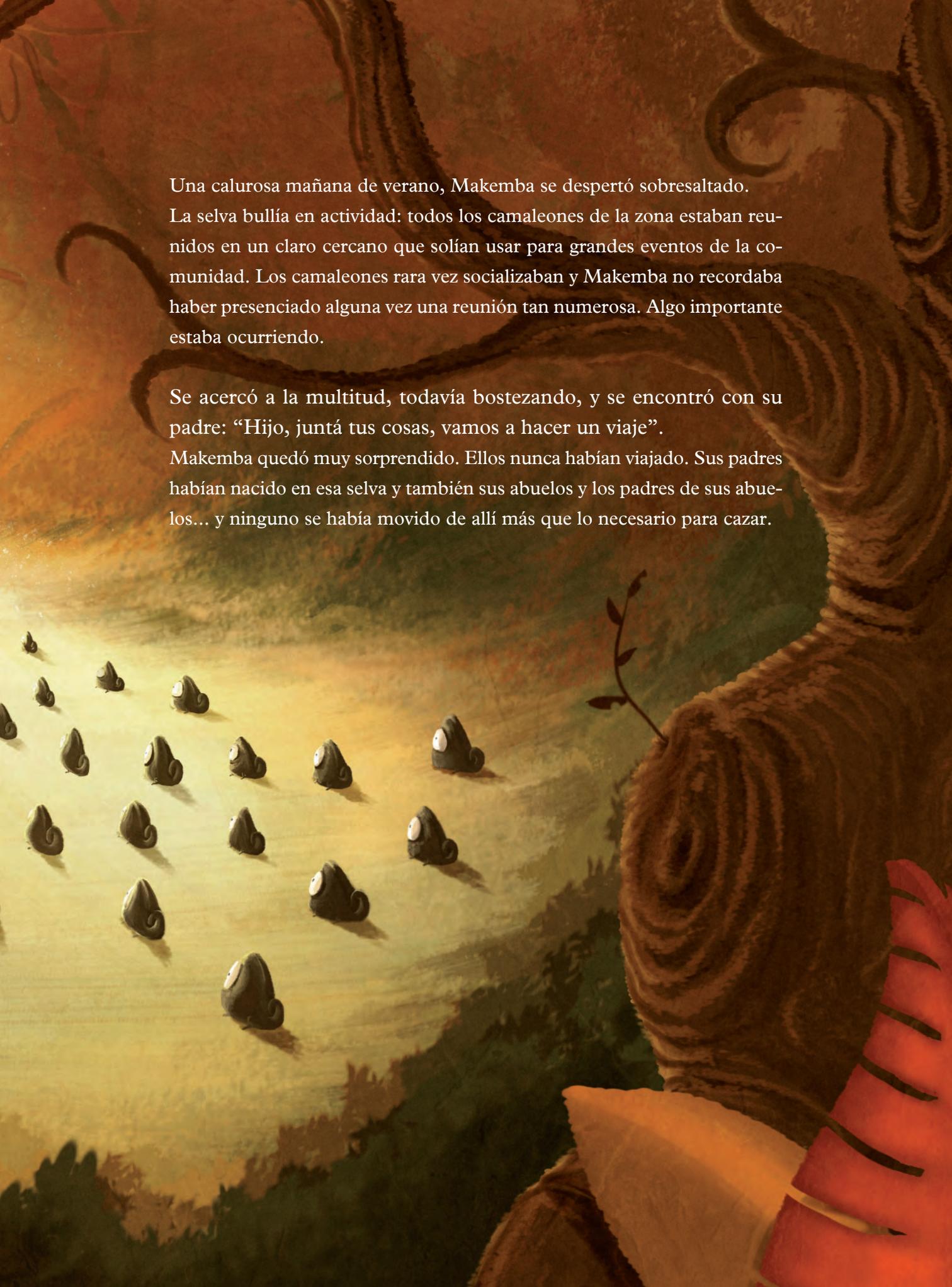


Entonces, sin más testigos que el cielo negro, desplegaba los más espectaculares colores que se hubieran visto sobre la tierra. Con los ojos cerrados corría como enloquecido, mientras pintaba sobre su piel paisajes, dibujos, puntos, rayas... Dibujaba a su madre tal y como la recordaba de pequeño, y después a su padre, serio y atento en plena cacería. Dibujaba uno a uno todos los insectos que conocía, y les hacía mover las alas y volar para reunirse en grandes nubes de colores que pronto se transformaban en un río con peces y rocas. Dibujaba caracoles tornasolados que cambiaban de color mientras se movían. Pintaba un atardecer desde el principio hasta el final, y luego, la noche. Y entonces pintaba las estrellas, y sus estrellas brillaban incluso más que las que había en ese momento sobre su cabeza.

Makemba corría y pintaba hasta caer rendido. Y al final se dormía, siempre sin soñar.







Una calurosa mañana de verano, Makemba se despertó sobresaltado. La selva bullía en actividad: todos los camaleones de la zona estaban reunidos en un claro cercano que solían usar para grandes eventos de la comunidad. Los camaleones rara vez socializaban y Makemba no recordaba haber presenciado alguna vez una reunión tan numerosa. Algo importante estaba ocurriendo.

Se acercó a la multitud, todavía bostezando, y se encontró con su padre: “Hijo, juntá tus cosas, vamos a hacer un viaje”. Makemba quedó muy sorprendido. Ellos nunca habían viajado. Sus padres habían nacido en esa selva y también sus abuelos y los padres de sus abuelos... y ninguno se había movido de allí más que lo necesario para cazar.

–¿A dónde vamos, papá? –preguntó atontado, y enseguida agregó–:¿Por cuánto tiempo?

–No lo sé, Makemba. Y no creo que regresemos. –La expresión de su padre era sombría.

–Pero, ¿por qué? ¿qué está pasando?

–Hijo, puede que no lo hayas notado porque tu cabeza está siempre en otro lugar, pero hace meses que la comida escasea por la sequía. Cada día hay menos insectos y se esconden mejor. Toda la comunidad deja este lugar, vamos a ir hacia el Norte. Con un poco de suerte allá encontraremos agua dulce e insectos en abundancia.

Su padre hablaba con optimismo, pero sus ojos no engañaban a Makemba: estaba asustado.

La noticia lo conmocionó. Había pasado mucho tiempo sumergido en sus pensamientos, sintiendo pena por sí mismo, y no se había percatado de lo que sucedía a su alrededor. Miró a su padre, por primera vez en mucho tiempo, y notó sorprendido que se veía mucho más pequeño y frágil.

Durante todo el viaje, Makemba no dejó de reflexionar. Se reprochaba haber desperdiciado su tiempo y su talento para la cacería, cuando podría haber sido tan útil para su comunidad. Se prometió a sí mismo que a partir de ese momento se convertiría en el mejor cazador de la selva, para ayudar a todo aquel que estuviera sufriendo por el hambre.



El nuevo lugar no era muy diferente del anterior, pero había un pantano en las cercanías. Los insectos de la zona jamás se habían enfrentado a un camaleón y se dejaban emboscar con asombrosa facilidad.

Durante varios meses la cacería fue abundante. Makemba había perfeccionado sus técnicas y era ahora el cazador más hábil que se hubiera visto entre los camaleones. Repartía sus presas entre los menos habilidosos de la comunidad y apenas se guardaba algo para él.





Ya no salía por las noches, necesitaba estar lúcido para cazar durante toda la jornada. Ya no pensaba en nada que no fuera la pequeña presa que se posaba a la distancia.

Poco quedaba en él del soñador que inventaba colores y corría por las copas de los árboles.





Pero la sequía no tardó en alcanzar al pequeño grupo de camaleones. El pantano se achicaba un poco cada mañana. Los insectos ya no abundaban como el primer día y los que quedaban habían aprendido a escabullirse y eran más difíciles de atrapar.

Por más que redoblaba sus esfuerzos, Makemba no podía cazar más que para su propia supervivencia. El resto de los camaleones apenas subsistía. Makemba sentía una creciente desesperación que lo enloquecía. Mientras esperaba durante horas a que algún insecto se posara en una rama cercana, solo podía pensar en el sufrimiento de los suyos. Sabía que era cuestión de tiempo hasta que sucumbieran inevitablemente ante la falta de alimento. Sabía que tenía que hacer algo, pero no veía solución.

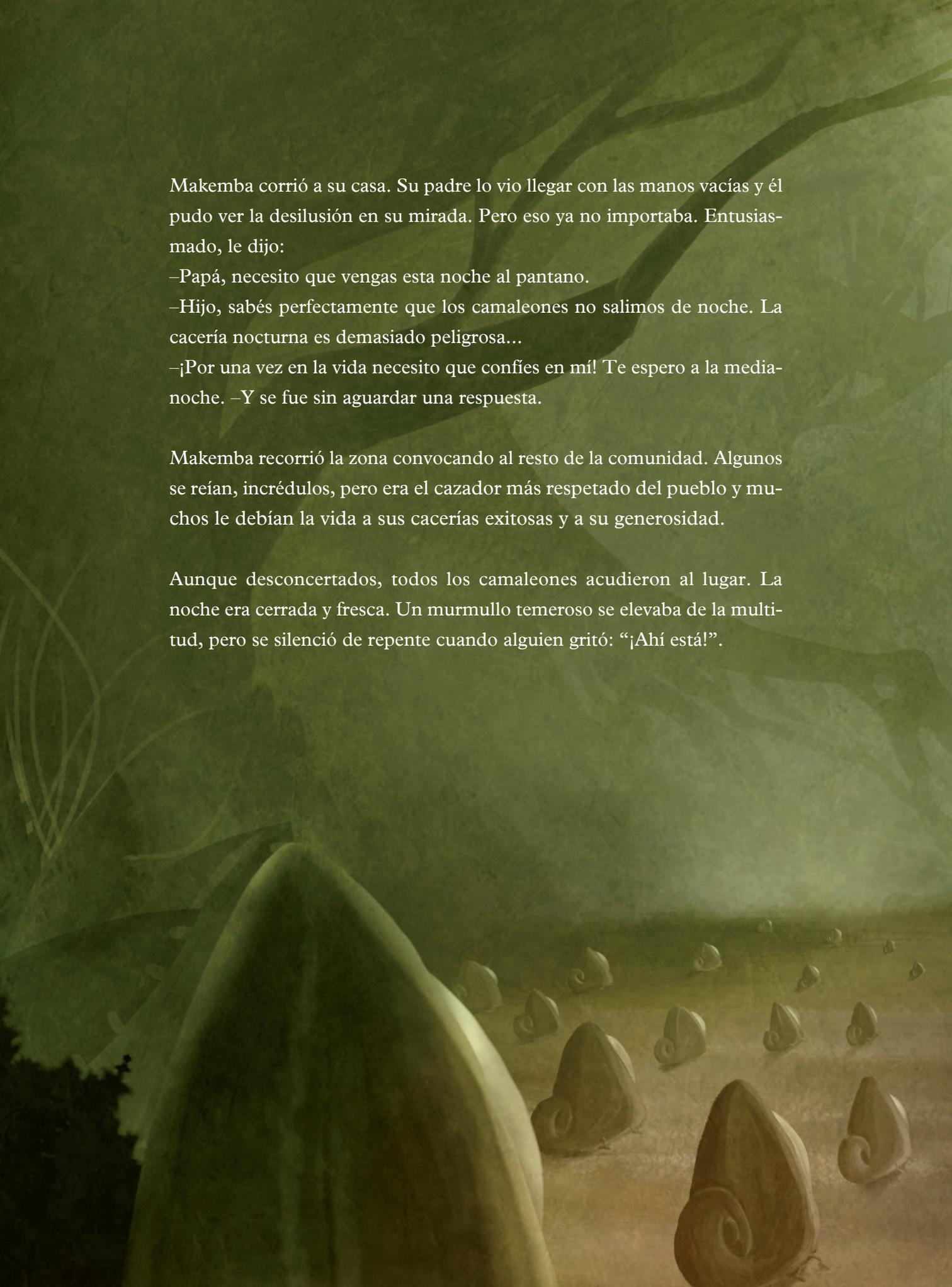
Cuando estaba meditando sus preocupaciones, parte de su mente se percató de una pequeña libélula que descansaba sobre el brote verde de un árbol cercano. Lentamente, los dos ojos de Makemba giraron hasta enfocarse en el insecto. El sigiloso cazador contuvo la respiración y se quedó inmóvil, aguardando el momento preciso para hacerse con su presa.

Los enormes ojos de la libélula no detectaron nada sospechoso. El camuflaje de Makemba era perfecto, como siempre. El joven camaleón pudo apreciar que a lo largo del esbelto cuerpo azul, el insecto tenía pequeñas rayitas celestes que brillaban cada vez que la luz las tocaba. Alrededor de cada raya había un fino contorno de color verde intenso, con diminutas motas amarillentas desparramadas casi con descuido. Las alas, largas y delgadas como la piel de una cebolla, tenían pintas verdes, anaranjadas y turquesa que se hacían más gruesas y densas a medida que se aproximaban a las puntas.

Makemba quedó hipnotizado. Recordó lo que sentía al correr por las copas de los árboles, disfrutando de los colores y de los diseños que creaba sobre su propia piel. Recordó esa voz que gritaba en su interior y que había acallado durante tanto tiempo.

La libélula voló, ignorando que había estado en la mira del cazador más temible de la selva. Pero él ya no le prestaba atención. Acababa de tener la revelación más importante de su vida. Sintió que una nueva energía lo inundaba, mientras una sonrisa involuntaria se apoderaba de su rostro.





Makemba corrió a su casa. Su padre lo vio llegar con las manos vacías y él pudo ver la desilusión en su mirada. Pero eso ya no importaba. Entusiasmado, le dijo:

–Papá, necesito que vengas esta noche al pantano.

–Hijo, sabés perfectamente que los camaleones no salimos de noche. La cacería nocturna es demasiado peligrosa...

–¡Por una vez en la vida necesito que confíes en mí! Te espero a la medianoche. –Y se fue sin aguardar una respuesta.

Makemba recorrió la zona convocando al resto de la comunidad. Algunos se reían, incrédulos, pero era el cazador más respetado del pueblo y muchos le debían la vida a sus cacerías exitosas y a su generosidad.

Aunque desconcertados, todos los camaleones acudieron al lugar. La noche era cerrada y fresca. Un murmullo temeroso se elevaba de la multitud, pero se silenció de repente cuando alguien gritó: “¡Ahí está!”.

A glowing red butterfly with yellow and white patterns is perched on a thick, green vine that arches across the frame. The background is a soft, hazy green forest with large, dark tree trunks and intricate, swirling vines. The lighting is ethereal, with a bright glow emanating from behind the butterfly.

Cientos de cabezas voltearon al mismo tiempo en la dirección señalada y vieron aparecer a Makemba, que caminaba ágilmente por una rama elevada. El joven camaleón miró a la muchedumbre y enseguida vio a su padre entre los primeros del grupo. Este lo miraba con el ceño fruncido y una mueca rígida en su rostro. Pero estaba ahí.

Sin decir una palabra, Makemba adoptó su posición de caza, se mantuvo sorprendentemente inmóvil, y reprodujo en su piel exactamente el mismo tono de verde de la rama sobre la que se encontraba. Los demás camaleones lo perdieron de vista al instante.

Durante unos segundos permaneció así, mientras su público miraba hacia la oscuridad, expectante. Makemba podía sentir los latidos de su corazón como tambores gigantes dentro de su cabeza. Entonces comenzó a pintar.

Primero dibujó una pequeña flor roja sobre su pata delantera. La flor comenzó a crecer y cientos de brotes verdes se abrieron en todas direcciones, rodeando el cuerpo de Makemba. De cada brote surgió otra diminuta flor, de un color diferente cada vez. Del interior de las flores comenzó a salir un ejército de hormigas amarillas que caminaban en hilera hasta converger en un punto, desde el cual nació una catarata de agua plateada colmada de peces resplandecientes. Pronto todos los peces se unieron en una gran esfera brillante que era la luna.

El desfile de figuras y colores era interminable. La piel de Makemba parecía un lienzo en el que un artista sobrenatural descargaba un pincel mágico a su antojo y creaba mundos dentro de mundos, y colores dentro de colores. La multitud había enmudecido, todos miraban incrédulos el espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos.

Pero Makemba apenas estaba empezando. Una vez que terminó con los colores conocidos, comenzó a usar los colores que él había inventado. Esos colores que ningún camaleón había visto antes. Y pintaba sus cacerías como si fueran historias animadas. Dibujó la selva con todos sus matices bajo la luz de la luna. Se dibujó a sí mismo, pequeño y lleno de energía, corriendo enloquecido por las ramas de los árboles. Y pintó las estrellas. Pero esta vez, las pintó tan brillantes que los camaleones del pantano tuvieron que cubrirse los ojos para no ser encandilados por la intensa luz. La jungla se vio iluminada como nunca lo había estado durante la noche, con miles de luces de colores que se movían como si tuvieran vida propia.

Y fue entonces cuando lo más maravilloso sucedió.



Como en trance, millones de mosquitos, libélulas, mariposas y todo tipo de insectos aparecieron desde todos los rincones de la selva, atraídos por la poderosa luz que salía de los dibujos de Makemba. Enjambres enteros comenzaron a revolotear a su alrededor, embrutecidos por los luminosos dibujos.



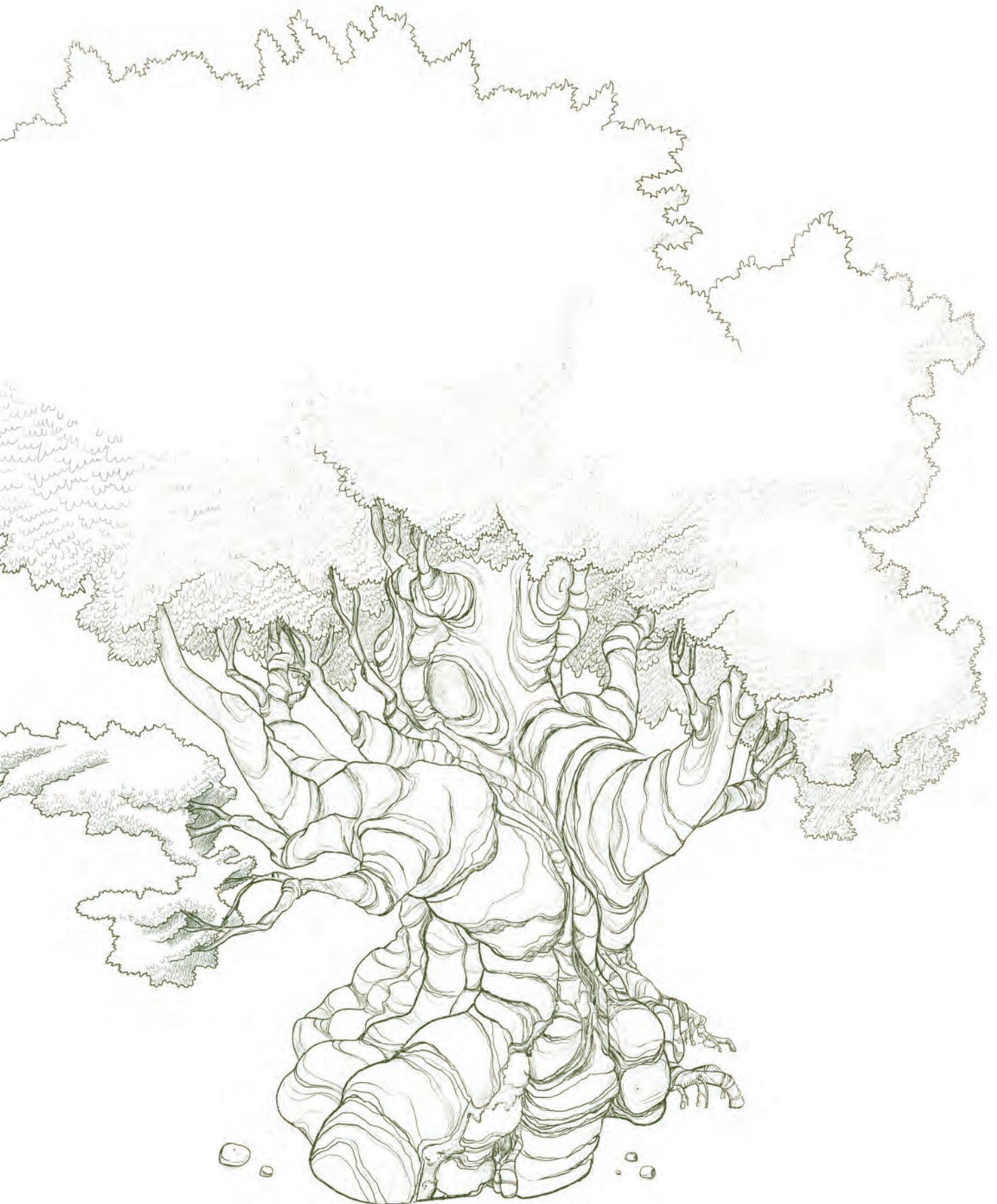




La comunidad jamás había tenido un festín como aquel.

Makemba se sentía feliz. Buscó a su padre entre la multitud y lo encontró mirándolo con una expresión inusual. Asombrado, el joven camaleón comprendió que su padre estaba orgulloso de él.

Y, por primera vez en su vida, Makemba también lo estaba.





¡Hola!

Mi nombre es Makemba, tengo 36 páginas y fui escrito e ilustrado por Jó Rivadulla.

Jó se crió en Cinco Saltos (Río Negro) y se mudó a Córdoba para estudiar Publicidad porque le atraían mucho la creatividad y la posibilidad de contar historias. Pero se alejó de la profesión cuando se dio cuenta de que las buenas historias no se cuentan para vender productos sino porque alguien quiere contarlas.

Ahora se dedica de forma independiente a la ilustración, el diseño gráfico y a perseguir todo tipo de ideas extrañas que se escondan entre una y otro. Tiene 30 años y todavía no sabe qué quiere ser cuando sea grande.



Somos Ediciones de la Terraza y nos dedicamos a editar libros ilustrados.

Conocimos a Makemba hace un par de años cuando viajaba por páginas digitales.

En uno de esos caminos nos cruzamos y fue así como conocimos también a Jó. Hoy tenemos la alegría y el orgullo de poder acompañarlos en este nuevo viaje en papel.

Nos contó un pajarito que las historias son más lindas si vuelan libres, por eso publicamos este y nuestros otros libros bajo licencias Creative Commons, apostando por la difusión de una cultura cada vez más libre.

Rivadulla, José

Makemba / José Rivadulla ; ilustrado por José Rivadulla. - 1a ed. - Córdoba : Ediciones De La Terraza, 2014.

36 p. : il. ; 20x27 cm.

ISBN 978-987-28164-2-1

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I. Paredes, Luis Alfredo, ilus. II. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: dd/mm/2014

Copyright: José Rivadulla

jdrivadulla@gmail.com

[facebook.com/jorivadulla](https://www.facebook.com/jorivadulla)

Primera edición: Junio de 2014

ISBN rústica 978-987-28164-2-1

ISBN cartoné 978-987-28164-2-1

Ediciones de la Terraza

La Rioja 754, Terraza, Córdoba, Argentina, Tel.: (0351) 156 414498

edicionesdelaterraza@gmail.com, www.edicioneslaterraza.com.ar

www.facebook.com/EdicionesDeLaTerraza

Diagramación: Artilugio, comunicación & diseño

www.artilugioweb.com, artilugio.correo@gmail.com

Impreso en Editorial Copiar

Entre Ríos 2075, Córdoba Capital, www.editorialcopiar.com.ar, editorialcopiar@arnet.com.ar



El valor comercial de este libro es la suma de los costos de su producción, impresión y distribución más una retribución igualitaria para el autor y editores. Sin embargo, nuestro objetivo editorial es compartir la obra libremente y colaborar con la construcción de una cultura cada vez más colectiva y solidaria. Es por eso que “Makemba” por José Rivadulla, se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 2.5 Argentina. Para consultar por otras atribuciones no dudes en escribirnos a edicionesdelaterraza@gmail.com.

Impreso en Argentina - Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723



Somos Ediciones de la Terraza y nos dedicamos a editar libros ilustrados. Conocimos a Makemba hace un par de años cuando viajaba por páginas digitales. En uno de esos caminos nos cruzamos y fue así como conocimos también a Jó. Hoy tenemos la alegría y el orgullo de poder acompañarlos en este nuevo viaje en papel. Nos contó un pajarito que las historias son más lindas si vuelan libres, por eso publicamos este y nuestros otros libros bajo licencias Creative Commons, apostando por la difusión de una cultura cada vez más libre.



Otros títulos



Makemba es un joven camaleón al que le gusta correr ruidosamente por las copas de los árboles e ir pintando sobre su cuerpo estrellas, paisajes, atardeceres y desplegar los más increíbles colores que se han visto jamás.

Pero... ¿para qué le serviría esto a un camaleón?

ISBN 978-987-28164-4-5



9 789872 816445



Ediciones de la Terraza